

dea ansiando aire. Y, en efecto, la mayoría de los gritos eran como de criaturas humanas que mueren en medio de una amarga angustia. Muchos lloraban silenciosamente; otros caían como muertos... En frente de mí había un joven, un campesino robusto, fresco y sano; de pronto, cuando parecía no pensar en nada, se desplomó con una violencia inconcebible. Yo oí el golpeo de sus pies que parecía que iba á romper el banco en que yacía: tan fuertes eran sus convulsiones... Vi también un niño de unos ocho años que gritaba con la cara encendida; casi todos aquellos en quienes se posaba la mano de Dios, se ponían muy encarnados ó casi negros.» En otra parte, una mujer, asombrada de esa demencia, quiso irse. «No había dado cuatro pasos, cuando cayó al suelo con una agonía tan violenta como la de las otras.» Tras esos transportes venían las conversiones; los convertidos pagaban sus deudas, se curaban de la embriaguez, leían la Biblia, rezaban é iban á exhortar á los demás. Wesley los agrupaba en sociedades, instituía reuniones de examen y edificación mutua, sometía la vida espiritual á una disciplina metódica, edificaba templos, elegía predicadores, fundaba escuelas, organizaba el fervor.

Hoy aún sus discípulos gastan tres millones anuales en misiones enviadas á todas las partes del mundo, y los *shoutings* repiten, á orillas del Mississipi y del Ohio, el delirio y las conversiones de la inspiración primitiva. El mismo instinto se revela aún por los mismos signos; la doctrina de la gracia permanece viva, y la raza ahora, como en el siglo XVI, cifra su poesía en la exaltación del sentido moral.

IV

Una especie de humareda teológica cubre y oculta ese hogar que arde en silencio. Un extranjero que á la sazón visitase el país, no vería en esa religión más que un vapor asfixiante de discursos, de controversias y de sermones. Todos esos doctores y predicadores célebres, Barrow, Tillotson, South, Stillingfleet, Sherlock, Burnet, Baxter, Barclay, predicán, dice Addison, como autómatas, con tono uniforme, sin mover los brazos. Para un francés, para Voltaire que los lee, porque lo lee todo, ¡qué extraña lectura! Fijémonos por el pronto en Tillotson, el más autorizado de todos, especie de Padre de la Iglesia, tan admirado, que Dryden declara haber aprendido de él el arte de escribir bien, y un librero compra sus sermones, única propiedad que deja á su viuda, en dos mil quinientas libras esterlinas. La obra es, efectivamente, de peso, tres volúmenes en folio, de setecientas páginas cada uno. Para abrirlos, se necesita ser crítico de profesión ó estar decidido uno á todo por la salvación de su alma. En fin, los abrimos. *De cómo es sabio ser religioso* (1): he ahí su primer sermón, muy célebre en su tiempo y que inauguró su fortuna.

«Esta expresión, dice, comprende dos términos que no difieren de sentido, que no se diferencia más que como la causa y el efecto, y que, en virtud de una metonimia, usada por toda clase de autores, se toman frecuentemente el uno por el otro.»

(1) *The Wisdom of being religious.*

Este principio alarma: ¿acaso ese gran escritor sería un gramático de escuela? Sigamos, no obstante: «Explicadas así las palabras, llego ahora á la proposición que forman, á saber: que la religión es el mejor conocimiento y la mejor sabiduría. Y me esforzaré en demostrar esta verdad de tres modos: 1.º, por una prueba directa; 2.º, mostrando por contraste la locura y la ignorancia de la irreligión y del vicio; 3.º, rebatiendo la supuesta ignorancia y falta de razón que á la religión suele atribuirse.» Tras esto pasa á sus divisiones. ¡Qué solidez de expositor! Dan tentaciones de leerle con el pulgar, y no con los ojos.—*Sermón cuadragésimo segundo: contra la Maledicencia.*—«En primer lugar, examinaré la naturaleza de este vicio y aquello en que consiste; en segundo lugar, consideraré hasta dónde se extiende su prohibición; en tercer lugar, mostraré los males de este hábito, así en sus causas como en sus efectos; en cuarto lugar, añadiré algunas consideraciones complementarias para desviar de él á los hombres; en quinto lugar, daré algunas reglas é instrucciones para su prevención y remedio.» ¡Qué estilo! Y por todas partes es igual. Ni un átomo de vida; es un esqueleto con todas sus articulaciones groseramente visibles. Todas las ideas están rotuladas y enumeradas. No eran peores los escolásticos. Ni gracia, ni vehemencia; ni ingenio, ni imaginación; ninguna idea original y brillante; ninguna filosofía; citas de erudito vulgar; enumeraciones de manual. La pesada razón discursiva se acerca con su casillero de clasificaciones á una gran verdad del corazón ó á una frase apasionada de la Biblia; la examina «primero positivamente, después negativamente»; entresaca de ella «una enseñanza y un estímulo»; pone cada pasaje bajo una etiqueta con tal cachaza y

tan infatigablemente, que á veces se necesitan tres sermones completos para acabar la división y la demostración, y cada uno de ellos contiene en el exordio el resumen metódico de todos los puntos tratados y de todos los argumentos aducidos. No se desarrollaban de otro modo las disputas de nuestra Sorbona. En la corte de Luis XIV se le hubiera creído escapado de un seminario; Voltaire le llamaría cura de aldea. Tiene todo lo que puede prevenir á las personas de mundo y nada de lo que se necesita para atraerlas. Pero es que él no se dirige á gente mundana, sino á cristianos; sus oyentes no tienen necesidad ni deseo de atractivos y amenidades; no piden refinamientos de análisis, novedades en materia de opiniones. Van á que se les explique la Escritura y se les demuestre la moral.

La fuerza de su celo no se manifiesta más que por la seriedad de su atención. Que otros hagan del texto un pretexto; ellos, por su parte, se atienen á él; es la palabra misma de Dios: cuanto se medite es poco. Quieren que se busque el sentido de cada término, que se interprete el pasaje frase por frase, en vista de él mismo, de los inmediatos, de los semejantes, del conjunto de la doctrina. Se avienen á que se citen las diversas lecturas, las diversas traducciones, las diversas interpretaciones; les satisface ver al orador hacerse gramático, helenista y escoliador. No se asustan de todo ese polvo de erudición que salta de los tomos y les vuela á la cara. Sentado el precepto, exigen la enumeración de todas las razones que le apoyan; quieren salir convencidos y llevar en la cabeza una provisión de buenos motivos para toda la semana. Han ido allí, como á su mostrador ó á su tierra, para afanarse y fatigarse, para bregar y cavar concienzudamente en la teología y en la lógica, para

enmendarse y mejorarse. Su sentido práctico se amolda mejor que á nada á las discusiones frías; piden investigaciones é informaciones metódicas en materia de moral lo mismo que en materia de aduanas, y tratan de la conciencia como del Porto ó de los arenques.

En eso es en lo que es admirable Tillotson. Es «pedante», sin duda, como decía Voltaire; tiene todos los resabios contraídos en la universidad; no se ha «afinado en el trato con mujeres»; no se parece á esos predicadores franceses, académicos, maestros del buen decir que, por su porte cortésano y las finuras de su estilo, ganan el primer obispado vacante y el favor de la buena sociedad. Pero escribe con la más perfecta honradez: se ve que no busca la fama de orador; aspira á convencer firmemente, ni más ni menos. Ensancha el ánimo aquella claridad, aquella precisión, aquella lealtad tan completa. «La sinceridad (dice) tiene todas las ventajas de la apariencia con otras muchas. Si el hacer alarde de una cosa puede ser bueno en algún modo, yo estoy seguro de que la sinceridad es mejor. En efecto: ¿por qué un hombre disimula ó aparenta ser lo que no es, sino porque considera bueno tener la cualidad de que presume? Porque remedar y disimular es revestirse de la apariencia de algún mérito. Ahora, la mejor manera de parecer algo, es ser realmente lo que se quiere parecer; esto aparte de que, muchas veces, cuesta tanto el presumir una cualidad como el tenerla; y cuando un hombre no la tiene, puede apostarse diez contra uno á que se descubrirá la falta, y entonces se habrá perdido todo el trabajo que costó la ficción. Es difícil representar una comedia durante mucho tiempo, porque al fin y á la postre la naturaleza acabará por adelantarse. Por lo tanto, si un hombre juzga conve-

niente parecer bueno, que lo sea de veras, y entonces brillará su bondad para todos sin ningún género de dudas; de modo que, en fin de cuentas, lo más sabio es la sinceridad.» Cualquiera se inclina á creer á un hombre que habla así: «es verdad, nos decimos; tiene razón; hay que proceder como dice.» La impresión que sacamos es moral, no literaria; el discurso es eficaz, no oratorio; no proporciona un placer, conduce á una acción.

En esta gran manufactura de moral, donde cada obrero trabaja tan regularmente como el vecino con un ruido monótono, descuellan dos que discurren más alto y mejor que los restantes: Barrow y South. Y no es que carezca de torpeza y pesadez. Barrow tenía todas las trazas de un fámulo de colegio, y se vestía tan mal que, un día que predicaba en Londres delante de un auditorio que no le conocía, casi todos los concurrentes se marcharon al instante. Explicaba en el púlpito la palabra *εὐχαριστεῖν* con toda la amenidad de un diccionario, comentando, traduciendo, dividiendo y subdividiendo, como el más indigesto de los glosadores (1), sin preocuparse del público más que de sí propio, tanto que una vez que había hablado durante tres horas y media delante del lord corregidor, respondió á los que le preguntaban si no estaba fatigado: «Sí, empezaba á cansarme de estar de pie tanto tiempo.» Pero el corazón y la mente encerraban tal plenitud y riqueza que sus defectos se trocaban en poderío. Tuvo un método y una claridad de geometra (2), una fecundidad inagotable, una impetuosidad y una tenacidad de lógica extraordinarias. Insaciable

(1) Sermón VIII.

(2) Era matemático de primer orden, y había cedido su cátedra á Newton.

en su afán de explicar y probar, escribía el mismo sermón tres y cuatro veces seguidas; se engolfaba porfiadamente en su pensamiento ya exuberante, con una minuciosidad de divisiones, una exactitud de conexiones, una superabundancia de explicaciones tan asombrosa que la atención del oyente al fin desmaya, y, sin embargo, la inteligencia gira con la máquina enorme, como arrollada por un laminador.

Oid sus discursos sobre el *amor de Dios* y del *prójimo*. Jamás se ha visto en Inglaterra un análisis más minucioso y vehemente, una descomposición tan penetrante é infatigable de una idea en todas sus partes, una lógica más poderosa, que encierre con más rigor en una red única todos los hilos de un mismo asunto:

«Aunque no existe ningún género de bienes ni ventajas que pueda acrecer la felicidad natural é inalterable de Dios, ni ningún género de males ni daños que la disminuya (porque él no puede ser realmente más ni menos rico, glorioso ó feliz de lo que es, y nuestras esperanzas ó temores, nuestros placeres ó pesares, nuestros proyectos ó esfuerzos, nada pueden hacer ni á nada contribuyen en tal sentido); con todo, él ha declarado que hay ciertos objetos é intereses que, por pura bondad y condescendencia, prefiere y anhela como los suyos propios, y como si efectivamente se le siguiese una ventaja ó un perjuicio de su buen ó su mal éxito; que desea seriamente ciertas cosas, y se congratula de ellas; que otras las desapruueba y le ofenden gravemente; por ejemplo: que profesa un afecto paternal á sus criaturas, y desea seriamente su bienestar, y se complace en verlas gozar de los bienes que las ha dispensado; que asimismo le disgusta lo inverso; que se compadece de su miseria; que, por consiguiente, está muy satisfecho cuando florecen la piedad

y la justicia, la paz y el orden, que son los medios principales de nuestro bienestar; que se afige cuando prevalecen la impiedad y la injusticia, las disensiones y el desorden, que son para nosotros orígenes seguros de desgracia; que está satisfecho cuando le tributamos la obediencia, el honor y el respeto debidos; que se ofende altamente cuando nuestra conducta para con él es injuriosa é irrespetuosa, como cuando pecamos é infringimos sus más justos y santos mandamientos; de modo que no nos falta materia para atestiguarle en sentimientos y actos nuestra buena voluntad, y podemos, no sólo desearle bien, sino en cierto modo hacerle bien, concurrendo con él al cumplimiento de las cosas que aprueba y que le agradan.»

Esta maraña fatiga; pero ¡qué fuerza y qué empuje en ese pensamiento tan meditado y tan completo! La verdad, apoyada de esa suerte en todas sus bases, sería inconmovible. Y nótese que falta la retórica. No hay arte aquí; todo el artificio del orador se reduce á la voluntad de explicar bien y de probar bien lo que quiere decir. Hasta es descuidado, ingenuo; y precisamente esa ingenuidad eleva á veces su estilo á la altura del de la antigüedad clásica. A lo mejor se encontrará en él una imagen que parece pertenecer á los mejores tiempos de la sencillez y de la majestad latinas.

«Se observará (dice) que los sitios más céntricos, más seguros, más bellos y más visibles de las ciudades suelen ser los elegidos para erigir estatuas y monumentos á la memoria de los hombres de bien que han servido noblemente á su patria; de igual manera, en el corazón y centro de nuestra alma, en sus mejores y más ricos albergues, en los sitios más expuestos á la observación ordinaria y mejor defendidos contra las

invasiones de los pensamientos mundanos, deberíamos erigir efigies vivas y conmemoraciones duraderas de la bondad de Dios.»

Se ve aquí como una efusión de gratitud, y al término del discurso, cuando se le cree agotado, la efusión aumenta y se enriquece con la enumeración de los bienes infinitos en que nadamos como los peces en el mar, sin darnos cuenta de ellos, porque nos rodean é inundan. Durante diez páginas desbórdase la idea en un período único y continuo, sin temor á la pesadez ni á la monotonía, á despecho de todas las reglas; tan colmados se hallan el corazón y la imaginación, y tan contentos de amontonar toda la naturaleza como una sola ofrenda «ante aquel que, por sus nobles fines y por su amable manera de dar, tanto realza sus dones, que sin ser compelido por ninguna necesidad, ni sentirse obligado por ninguna ley ni por ningún contrato previo, ni inducido por razones exteriores, ni vencido por nuestros méritos, ni fatigado por nuestras instancias, ni instigado por sentimientos importunos de compasión, vergüenza ó miedo (como á nosotros nos ocurre comúnmente), ni lisonjeado por promesas de recompensa, ni seducido por la esperanza de algún provecho que pudiera resultarle, sino siendo dueño absoluto de sus propias acciones, único legislador y consejero de sí mismo, ser de toda plenitud cuya perfecta felicidad no admite ningún aumento; sin embargo, voluntaria y libremente, por pura bondad y generosidad, se hace nuestro amigo y nuestro bienhechor; previene, no sólo nuestros deseos, sino aun nuestras ideas; va más allá, no sólo de lo que merecemos, sino de lo que anhelamos ó imaginamos, en la dispensación de sus inestimables beneficios, sin otro objeto al conferirnoslos, que nuestro bien y nuestra ventura, nuestro pro-

vecho y nuestra prosperidad, nuestro placer y nuestra satisfacción.»

Fuerza de celo y falta de gusto: tales son los caracteres comunes de toda esta elocuencia. Dejemos este matemático, sabio de gabinete, hombre chapado á la antigua, que prueba demasiado y se enfrasca en sus lucubraciones, y veamos, entre los hombres de mundo, el que se llamaba «el más espiritual» de los eclesiásticos, Roberto South, tan diferente de Barrow por su carácter y su vida como por sus obras y su inteligencia: espíritu batallador, realista ferviente, partidario del derecho divino y de la obediencia pasiva, polemista virulento, difamador de los disidentes, adversario del Acta de tolerancia, y que jamás negó á sus enemistades la licencia de una injuria ó de una dureza. A su lado, el P. Bridaine, que nos pareció tan rudo, era un hombre cortés. Sus sermones parecen una conversación, una conversación del tiempo, y ya se sabe en qué estilo se hablaba entonces en Inglaterra. No hay imagen popular y apasionada que le asuste. Expone las pequeñeces vulgares con sus más bajos pormenores. Jamás se muerde la lengua: es pueblo. Su estilo es el de la anécdota, movido, brusco, con incesantes cambios de tono, con ademanes enérgicos y exagerados, con toda índole de genialidades y violencias. Ríe burlonamente en el púlpito, lanza invectivas, se hace mimico y cómico. Pinta á las personas como si las tuviese delante de los ojos. El público las reconocerá en la calle; no falta más que escribir los nombres debajo de los retratos. Léase este pasaje sobre los hipócritas. «Suponed un hombre de infinita ambición y de no menos rencor y malicia, un hombre que envenena los oídos de los grandes con ponzoñosas murmuraciones, y se eleva merced á la caída